

La forma y la metáfora

He seguido la trayectoria artística de mi amigo Jesús Trapote desde que éramos estudiantes en la Facultad de Bellas Artes de San Fernando en Madrid, admirando siempre su poder creativo y su gran maestría y conocimientos de los recursos escultóricos, heredados en parte de una gran saga de escultores vallisoletanos, y enriquecidos, a través de los años, por su tesón, fuerza y gusto por el tratamiento de nuevas técnicas y materiales. Ahora tengo la ocasión de describir con palabras las sensaciones que me producen sus obras. Y lo hago encantada.

Es divertido y emocionante ver transitar a Jesús por el mundo espiritual y el físico, fluctuando entre los dos, mientras trabaja embutido en su bata de escultor, en un ir y venir tan atormentado, que lo más inteligente para el observador es situarse en un rincón del taller, en silencio, si no quiere ser blanco de la ira del creador. Le he visto también finalizar algunas obras, construyendo las últimas texturas con el nervio que le caracteriza y rasqueta en mano, horadando en la arcilla surcos paralelos como el sembrador en la tierra, marcando rayitas diminutas con finos palillos, o rebanando con rabia masitas excedentes que pretendían pasar inadvertidas. Afortunadamente, su vehemencia acaba aliándose con su intuición y sapiencia llenando sus manos con hilos de plata, que transforman las grandes moles quebradas en poderosos modelados.

En su taller se han gestado sensibles y delicadas figuras, personajes históricos llenos de rigor y poderío, complejos grupos escultóricos, retratos que reflejan con gran expresividad una personalidad concreta y bajorrelieves descriptivos y ornamentales. Gran parte de estas obras se caracterizan por sus ritmos curvos y estructura piramidal, lo que les confiere una entidad eminentemente escultórica.

Pero la obra de Jesús Trapote no queda en absoluto definida haciendo una exacta descripción de volúmenes y valores texturales. La gran solidez que presentan sus esculturas descansa en tres centros de energía perfectamente conectados para dar vida a la materia inerte: las poderosas masas de las extremidades inferiores enraízan con fuerza en la madre tierra; los suaves e insinuantes volúmenes de la parte central envuelven el corazón y el abdomen, como estos lo hacen con el amor y la creación, y los brazos, turgentes y tensionados, están prestos a la lucha. Tan bien nutridas y equilibradas aparecen estas primeras zonas, que la cabeza y el cuello emergen liberados para expresar sus emociones, y acceder con un brevísimo impulso a su forma más infinita.

De esta manera, a través de la forma y la metáfora, Jesús Trapote transmite energía a nuestras emociones más estancadas y las depura, hasta conseguir que los sentimientos profundos fluyan libremente, dejándonos renovados, abiertos, más conectados con nosotros mismos. Un verdadero disfrute espiritual.

Isabel Rodríguez
Pintora y Catedrática de Dibujo